

**1**

**2**



# ¿QUIEN MATO A LUISA?

**Manuel Barberá Ferrando**

## CAPITULO

### I

Javier y Ana sé hallaban cómodamente recostados en el sofá viendo una película policíaca en la televisión.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada, cuando de pronto se escucharon unos disparos. Era muy lógico, puesto que en la película había más tiros que palabras, pero no, los disparos que se acababan de escuchar eran mucho más reales que los de cualquier película y se habían escuchado relativamente cerca.

- Ana ¿no has oído unos disparos? - le pregunto a su esposa.

- Por favor Javier, que llevo toda la película oyendo disparos. - respondió Ana, cansada ya de ver tanta violencia.

- No, no me refiero a la película, me ha parecido escucharlos en la calle o tal vez en la casa de algún vecino.

- Vamos cariño, a ti te esta afectando la película, con tanto tiro y violencia al final creerás que estas disparando tu también.

- No Ana, no lo tomes a broma, voy a mirar por la ventana, quizás vea algo.

Se asomo a mirar y cual seria su sorpresa al ver a escasos metros de su casa, el cuerpo inmóvil de una persona tendida en medio de la calle.

Desde su posición no podía distinguir si era un hombre o una mujer, pero era evidente que habían disparado contra alguien en plena calle amparándose en la oscuridad de la noche.

- Ana ven, mira hacia la derecha.

- Tienes razón, hay una persona tendida, ¿estará muerta?

- No lo sé, pero voy a llamar a la policía y una ambulancia.

- Si, llama rápido y bajaremos por si podemos ayudar en algo.

Tomo el teléfono y llamo.

- Comisaría de policía, dígame.

- Buenas noches - saludo Javier – les llamo porque he escuchado unos disparos desde mi casa y al mirar por la ventana he visto una persona tendida inmóvil en medio de la calle.

¿Dónde ha ocurrido esto? - pregunto el agente.

- En la calle San Juan.

¿Cómo se llama usted?

- Javier Alcántara Ruiz.

¿Dónde vive? - siguió preguntando el agente.

- En la misma calle, en el número ochenta y seis, tercero, primera.

- Y esa persona ¿dónde esta?
- Por el número setenta más o menos.
- Ahora mandamos una patrulla al lugar indicado, dígame ¿ha llamado una ambulancia?
- Todavía no, ¿la llamo yo o lo hacen ustedes?
- Déjelo, la llamaremos desde aquí.
- De acuerdo, buenas noches.
- Si le necesitamos ya le avisaremos, buenas noches.

Pocos minutos después bajaron acercándose hasta el lugar de los hechos. Cuando llegaron ya había algunas personas alrededor de aquel cuerpo inerte. Era una mujer de unos cuarenta años. En un principio no la reconocieron, a pesar de que se trataba de una vecina de la localidad. Pocos minutos más tarde paso por el lugar un coche cuyo conductor al observar aquel revuelo de gente, aparcó su vehículo y se acerco para ver que sucedía.

¿Qué pasa aquí? - pregunto el hombre.

- Según parece han matado a una mujer a tiros respondió uno de los presentes.

¿Esta muerta? - se intereso el recién llegado.

- No lo sé, pero no se mueve.

Se acerco un poco más hasta llegar junto al cuerpo que yacía en el suelo en medio

de un gran charco de sangre, dando un grito desgarrador.

-¡Luisa, no, no puedes ser tú; ¿qué te han hecho Luisa? háblame, contesta, esto no puede ser cierto, estoy soñando, ella no Dios mío, me la han quitado, asesinos.

Se abrazo fuertemente al cuerpo sin vida, llorando desconsoladamente.

Habían pasado pocos instantes cuando llegaron las fuerzas del orden, que le invitaron muy cortésmente a separarse del cuerpo de la mujer, al tiempo que le preguntaron.

¿Conoce usted a esta señora?

Visiblemente emocionado asintió con la cabeza.

¿Quién es? – le pregunto un agente.

- Mi esposa, era mi esposa, pero la han matado.

- Lo siento, ¿tiene usted idea de lo que ha podido ocurrir?

- No sé nada, acabo de llegar de viaje y sé lo mismo que todos los presentes, es más, cuando yo he llegado ya habían aquí varias personas.

- Tendrá que acompañarnos, necesitamos que nos facilite algunos datos.

- No, no quiero dejarla aquí.

- Ya hemos llamado al Juez de guardia, al Forense y a los servicios funerarios para que vengan a levantar el cadáver, en pocos minutos

se la habrán llevado al Instituto Anatómico Forense para practicarle la autopsia.

No muy convencido, accedió a la petición de los agentes. Al llegar a la comisaría fue el Inspector López quien le tomo declaración.

¿Cómo se llama usted?

- Eduardo Salvatierra Muñoz.

¿Nacido el...?

- Dieciocho de Junio del año cincuenta y tres.

Con enorme entereza y pasmosa serenidad, le facilito al inspector todos sus datos y los de su esposa. Seguidamente el inspector inicio un leve interrogatorio rutinario al cual Eduardo fue contestando a todas y cada una de las preguntas.

¿Tenia su esposa enemigos?

- Que yo sepa no señor, aunque eso nunca se sabe con certeza.

¿Sospecha usted de alguien?

- No, no se me ocurre nadie que quisiera hacerle esto a mi esposa.

¿Se llevaban ustedes bien en el matrimonio?

- Si, dentro de lo que cabe, lo poco que yo estaba en casa con ella nos llevábamos bien, no teníamos el menor problema por nada.

- Como, ¿no esta usted en casa habitualmente?

- No señor, por razones de mi trabajo paso muchos días fuera del hogar.

¿A que se dedica?

- Soy viajante de comercio, represento a una empresa de peletería.

- Y hoy, ¿ha estado usted fuera de su casa todo el día?

- Si señor, llevo cuatro días fuera de casa.

¿Y como puede explicar que estuviese en el lugar de los hechos?

- Lo mismo que puedo explicar porque estoy aquí, porque he venido, ¿no le parece a usted algo muy lógico?

- Si, o mejor dicho no, aquí le hemos hecho venir.

- Y por allí pasaba por casualidad, iba de regreso a mi casa.

¿Qué hacia junto al cadáver de su esposa?

- Al pasar y ver gente en la calle a la hora que era me extraño, pensé que podía haber sucedido algo anormal, entonces pare el coche y me acerque, fue cuando descubrí que habían matado a mi pobre Luisa. ¿No ira usted a pensar que la he matado yo?

- Yo no pienso nada, y recuerde que las preguntas las hago yo.

- Muy bien, siga usted preguntando todo lo que quiera.

**¿Cree que es normal llegar del trabajo a las tres de la madrugada?**

**¿Acaso tiene algo que ver la hora que yo llegue a casa con la muerte de mi esposa?, son cerca de las cinco y usted también está aquí en su trabajo.**

**- Tal vez no tenga ninguna relación, pero es mucha casualidad, ¿podría decirme donde estuvo cenando?**

**- Por supuesto, en el restaurante Don Cosme, a unos cuarenta kilómetros de aquí.**

**¿Es usted cliente habitual de ese restaurante o es la primera vez que lo visita?**

**- No, suelo acudir a cenar con cierta frecuencia,**

**¿Por qué lo pregunta?**

**- Por si es usted conocido en el restaurante, es por simple curiosidad.**

**- Mire por donde, también será casualidad, pero creo que me conocen bastante, al menos por las propinas que dejo.**

**¿Acostumbra a dejar propinas?**

**- Si, de vez en cuando, pero siempre de mi dinero, no del de otros.**

**- Bueno señor Salvatierra, por ahora puede usted marcharse, si le necesito para algo ya le avisare.**

**- Estoy a su entera disposición y espero, que encuentren al asesino de mi esposa y se pudra en la cárcel.**

**Al salir de la comisaría se fue directamente al Instituto Anatómico Forense, en donde le informaron que el cuerpo de su esposa lo tenían allí, pero que no estaba permitido el acceso, por lo que debería de esperar que la trasladasen al tanatorio.**

**Por su parte, el Inspector López no estaba nada convencido con la declaración que le había hecho Eduardo, ya que era una enorme casualidad, que estuviese durante cuatro días ausente de su casa y precisamente, acabando de caer muerta su esposa llegase el a su lado, además no tenía ninguna lógica que se parase a cenar a solo cuarenta kilómetros de casa. Del restaurante donde dijo que había cenado a su casa, podía tardar unos veinte minutos, máximo media hora.**

**Si hacia cuatro días que estaba fuera de casa y como dijo, se llevaba bien con su esposa, aquel argumento que había dado se salía de toda lógica, por lo que López no tardo en ponerse manos a la obra.**

**A media tarde se presento en el restaurante.**

- Buenas tardes - saludo al camarero - soy el Inspector López de la policía, ¿podría hablar con el propietario del establecimiento?

- Un momento, voy a llamarle.

- Buenas tardes ¿preguntaba usted por mi?

- Si señor, quisiera hacerle unas preguntas si no le importa.

- No señor, pregunte usted lo que quiera.

¿Conoce usted a un señor llamado Eduardo Salvatierra Muñoz, que se dedica a la representación de una empresa de peletería?

- Si, suele venir con frecuencia por aquí, aunque a buen seguro los camareros le conocerán más y mejor que yo.

¿Y eso porque?

- Por las propinas que siempre les deja.

¿Sabría decirme si anoche estuvo cenando aquí?

- Si señor, yo mismo estuve hablando con el y con la señora.

- ¡Ah!, ¿no vino el solo?

- No señor, suele venir siempre acompañado de una señora rubia bastante más joven que el.

¿Sabe usted que relación existe entre ellos?

- Lo siento, pero en eso no puedo ayudarle, nunca me inmiscuyo en la vida privada de mis clientes, a mi lo que me importa es que consuman, paguen y vuelvan a venir, el resto es cosa suya.

- Lo comprendo, perdone mi indiscreción.

- No importa, esta usted perdonado, pero ¿es que ha ocurrido algo con el?

- Su esposa a sido asesinada esta madrugada pasada, ¿sobre que hora se marcharon de aquí, lo recuerda?

- Aproximadamente seria algo más de la una de la madrugada, recuerdo que fueron los últimos clientes en abandonar el local.

¿Sabe donde vive la señora que le acompañaba?

- No, no lo sé, solo la he visto cuando viene con el.

- De acuerdo, muchas gracias.

Empezaba a vislumbrarse un insignificante punto de luz al final de aquel largo y oscuro túnel, pero quedaban muchos cabos sueltos por atar, muchos puntos dudosos en el horizonte. De momento todo eran puras conjeturas, no había nada en claro, lo único seguro era que habían matado a una mujer y alguien lo había hecho en la impunidad de la noche, ¿Quién?, eso era lo que había que averiguar por encima de todo. Por lo pronto, hasta el más inocente podía ser el culpable. Podía haber sido el propio Eduardo, teniendo como coartada la cena y su acompañante de la cual no le había dicho nada al inspector, ya que la hora de salida del restaurante, dejar a

su acompañante y llegar a su localidad, podía muy bien coincidir con la que se escucharon los disparos. Después de cometido el delito, pudo muy bien alejarse del lugar para luego presentarse simulando una llegada casual. Esta era una hipótesis, pero desde luego no era nada descabellada. Otra, podía ser que se hubiese entretenido con su amiga y efectivamente, llegase al lugar del caso, realmente cuando su esposa ya estaba muerta. Pero quedaba otra pregunta por hacer y esta era difícil de esclarecer, ¿Por qué, Luisa andaba sola por la calle a las dos de la madrugada?

## CAPITULO

### II

Entre los efectos personales encontrados en el bolso de la finada, había un teléfono móvil, por medio del cual podía aparecer algún indicio que llevase al esclarecimiento de alguna pista.

De nuevo se requirió la presencia de Eduardo en la comisaría.

-Tendré que hacerle algunas preguntas más – dijo el inspector.-

- Las que usted quiera.

- Vamos a ver ¿a que hora salio del restaurante?

- No mire el reloj, no sé la hora que era.

¿Podía ser sobre la una de la madrugada?

- Es posible, no lo sé.

¿Cuándo salio del restaurante se marchó directamente a su casa?

- No, estuve un rato con otra persona.

¿Quién era esa persona?

¿Es imprescindible que le de su nombre?

- De momento no es necesario, pero dígame al menos donde estuvo con esa persona y que relación tiene con ella.

- Es una señora con la que me une una buena amistad, aparte de ser una buena clienta mía y decidimos ir a cenar ¿tiene algo de malo eso?

- No, por supuesto que no tiene nada de malo, pero esto no me lo había dicho en su declaración.

- No lo recuerdo, estaba algo nervioso, además, si no se lo dije, es posible que tampoco usted me lo llegase a preguntar.

- No, no le pregunte si había cenado solo o acompañado por alguien.

- Pues si señor, estuve cenando con esta amiga y luego la acompañe a su casa.

¿Cuándo se marchó usted hacia su casa?

- A los pocos minutos de salir del restaurante, deje a mi amiga en la puerta de su casa y continué hacia la mía, llegando al pueblo cuando estaba todo el revuelo en la calle, serian alrededor de las tres menos cuarto.

¿Si que tardo en recorrer cuarenta kilómetros?

- Me tuve que parar durante el trayecto, escuche unos sonidos extraños en el coche y vi que subía la temperatura, así que pare para observar que sucedía y espere un rato a que se normalizara a temperatura del motor.

¿Observo algo anormal en el coche?

- No, no le vi nada, solo la temperatura, por eso espere un rato, luego proseguí el viaje.

¿Se ha parado a pensar que hacia su esposa en la calle a las dos de la madrugada o tal vez antes?

- No tengo ni la menor idea - respondió Eduardo.

¿Sabía que ella tenía un teléfono móvil?

- Si, era al que yo la llamaba.

¿Conoce la clave para conectarlo?, tenemos el terminal pero desconocemos la clave y quizás podamos hallar alguna pista en el.

- Creo que si, puedo intentarlo, si no me equivoco era el día de Navidad, 2512.

-Vamos a probar, si, efectivamente esa es la clave, hemos tenido suerte, ahora tendremos que averiguar que llamadas fueron las últimas que recibió, aquí hay un numero fijo, es de la última llamada que le hicieron, la llamada se efectuó a las 23,42, a esa hora estaba usted cenando en el restaurante ¿no es cierto?

- Si señor, es cierto, y ahora dígame usted a mi, ¿tiene algo de malo que yo llame a mi esposa?, ¿me lo había prohibido alguien?

- No, no tiene nada de malo, todo lo contrario, pero, ¿con que finalidad la llamo usted?, creo recordar que estuvo muy bien acompañado durante la cena.

- La llame para informarla que llegaría tarde a casa, entre las dos y las tres de la madrugada.

¿Qué le respondió ella?

- Que no me preocupase por nada, que estaba muy bien y si le apetecía saldría a dar un paseo.

¿Le dijo también que estaba cenando con una amiga?

- No, no le dije nada de la cena, solo le comente que llegaría tarde.

- Hay algunos números más memorizados, ¿quiere revisarlos por si conoce alguno?

- No tengo ningún inconveniente, aunque nunca me he preocupado de quien pueda llamar a mi esposa, si, aquí veo que hay algunos, peluquería, supermercado, Victoria...

- No, esos no me interesan, los que quiero que reconozca son los de las últimas llamadas que recibió.

- A si, ya le entiendo, aquí esta el del restaurante Don Cosme, esta fue mi llamada y hay otra llamada efectuada a las 17, 15.

- Ahí, precisamente ahí, es donde yo quería ir a parar, a esa llamada, ¿sabe a quien corresponde ese numero de teléfono fijo?

- Pues no, no tengo ni idea, ¿usted lo sabe?

- Corresponde a un teléfono público – le aclaro el inspector López.

- Ah, muy bien, ¿y de que lugar?, hay miles de teléfonos públicos.

- No se lo puedo decir, puesto que no lo sé.

- Pues habrá que descubrirlo, ¿no le parece inspector?, ¿no pensara que también hice yo esa llamada?

- Yo amigo Salvatierra no pienso nada, pero al mismo tiempo pienso en todas las hipótesis posibles, ya que el mínimo indicio puede llevarnos al esclarecimiento del caso.

- Pues ya sabe, a seguir investigando y si le puedo ser útil en algo, no dude en decírmelo.

- Lo tendré en cuenta, pero ahora me tiene intrigado lo de esta otra llamada.

¿Por qué?

- Cabe la posibilidad que la llamasen con alguna excusa para hacerla salir de la casa a la hora que lo hizo, y aprovechando que estaba sola le disparasen, ¿esta seguro que su esposa no tenia enemigos?

- Ya le he dicho lo que sé, otra cosa no puedo decirle.

- De momento no tengo más preguntas que hacerle, puede marcharse.

A los dos días se celebro el funeral por el eterno descanso del alma de aquella mujer vilmente asesinada en plena calle. Todo el pueblo se hacia la misma pregunta, ¿Quién mato Luisa?

A pesar de que el matrimonio era sobradamente conocido en la localidad, y conocían a la perfección el carácter amable y cariñoso de Eduardo, no faltó quien en el sepelio de Luisa murmuró el nombre de Eduardo como posible autor de aquel horrendo crimen.

Pasaron varios días hasta que Eduardo volvió a encontrarse con su amiga, la cual no sabía nada de lo ocurrido. Cuando se vieron de nuevo, Sara, que así se llamaba la rubia le pregunto a su amigo.

¿Qué te ha pasado chico?, llevas cerca de una semana sin dar señales de vida.

- No me digas nada, lo estoy pasando fatal.

¿Y eso porque?

- Han asesinado a mi esposa.

- No me digas, ¿cómo y cuando?

- La última noche que estuvimos cenando tu y yo.

- Pero, ¿cómo fue?

- Le dispararon en medio de la calle, me temo que le tendieron una trampa.

¿Por qué piensas eso?

- Ella nunca salía sola por la noche, y mucho menos a las dos de la madrugada, creo que alguien la llamo por teléfono convenciéndola de algo para que saliese de casa, y si mi teoría

es cierta, tuvo que ser alguna persona que sabía que yo no estaba en casa.

- Recuerdo que tú hiciste una llamada desde el restaurante, me dijiste que ibas a llamarla para decirle que llegarías tarde.

- Si, es cierto, la llame a las 23, 42, y le dije que no se preocupara que llegaría entre las dos y las tres de la madrugada.

¿Qué te contesto ella? - se intereso Sara.

- Que estuviese tranquilo, que ella estaba muy bien.

¿Quién piensas que pudo hacerlo?

¿Quieres que te diga la verdad?, no lo sé, pero me da la impresión de que todas las miradas se dirigen a mí.

- No seas pesimista hombre, ya veras como se descubre el culpable.

- Hay un punto que me tiene intrigado.

¿Qué es lo que te intriga tanto?

- Una llamada que recibió el mismo día a las cinco y cuarto de la tarde desde un teléfono publico, por lo que pudo hacerla cualquiera. El inspector de la policía me comento que sospechaba que había sido engañada para que saliese de casa.

¿Y por que razón querían matarla?

- Sigo sin entender nada.

- Bueno Eduardo, creeme que siento mucho lo ocurrido, pero no podemos dar marcha a tras

y devolverle la vida, así que pienso que lo mejor que ahora podemos hacer es dejar trabajar a la autoridad competente y que sea la justicia la que resuelva el caso.

- Si, todo lo que tu quieras, pero a ella me la han quitado.

- Eduardo, me sigues teniendo a mi aunque antes ya me tenías, pero ahora ya no tendremos que disimular fingiendo ser una buena clienta tuya.

- Si claro, a pesar de que la quería y estábamos relativamente bien, con ella hacia tiempo que no mantenía ninguna relación íntima, tú me tenías absorbido por completo.

¿Es posible que ella sospechase algo de lo nuestro?

- Lo dudo, aunque últimamente si que había notado un ligero cambio en su carácter hacia mi, pero no le di ninguna importancia.

¿Tienes idea de donde era el teléfono público desde el que la llamaron?

- No, pero se puede averiguar por el número registrado en su móvil.

- Me gustaría saber de donde es.

- Espera un momento, voy a intentar averiguarlo en información.

Desde su propio móvil llamo a información para averiguar a donde pertenecía el número en cuestión, por lo que al

tratarse de uno público, le informaron que era de un bar situado en las Cañadas, a unos cien kilómetros de donde residía Eduardo y su difunta esposa.

- Ya se desde donde la llamaron, lo hicieron desde las Cañadas, desde el teléfono de un bar.

- Ese pueblo creo que es muy pequeño, tendrá pocos bares - comento Sara.

- Si, eso mismo pienso yo, ¿te vienes?

¿A dónde?

- A las Cañadas, me voy a convertir en detective privado.

- Pero vamos, ¿quieres descubrir tu lo que tiene que hacer la policía?

- No, solo pretendo colaborar un poco y si descubro algo informar al inspector López, pues creo que sospecha de mi.

- Vamos, te acompañare, ya que indirectamente también me afecta a mí.

¿A ti porque?

- Hombre, tu mismo, han asesinado a la esposa de mi amigo.

¿Solo amigo?, yo más bien diría tu amante.

- Llámalo como quieras, pero si se descubre nuestra relación, es posible que también lleguen a sospechar de mí y de algún modo puede llegar a salpicarme.

- Es muy posible, ya que por ahora creo que nadie se libra de la quema, aunque en el momento de los hechos tu estabas con migo.

- No estoy muy segura de eso, ¿a que hora ocurrió?

- Alrededor de las dos, tal vez unos minutos antes o después.

- A esa hora tu no estabas con migo, hacia un buen rato que te habías marchado, recuerdo que al entrar en mi casa mire la hora, era la una y veinticinco de la madrugada.

¿También tú vas a pensar que lo hice yo?

- No Eduardo, yo no pienso nada, solo te digo a la hora que entre en mi casa.

## CAPITULO

### III

Prosiguieron su andadura hacia las Cañadas sin dejar de hablar del tema, intentando inútilmente hallar algún indicio que les pudiese llevar a alguna pista algo fiable. Finalmente llegaron a su destino. Efectivamente se trataba de un pequeñísimo pueblo, por lo que no les resultaría difícil poder encontrar el local que andaban buscando. Desconocían el nombre del bar, pero eso no les importaba, Eduardo había previsto el modo de descubrir de qué local se trataba y actuó en consecuencia. No tardaron en ver un bar al que entraron.

- Buenas noches - saludaron al entrar – por favor, dos cafés.

- Si señor, enseguida les sirvo.

¿Puedo utilizar el teléfono?, necesito efectuar una llamada.

- Si señor, lo vera al final de la barra, detrás mismo de la columna.

- Muchas gracias, es usted muy amable.

¿Son ustedes de por aquí cerca? - pregunto el camarero.

- No, aunque solemos pasar con cierta frecuencia.

- A usted creo haberle visto en alguna ocasión, y a la señora también la tengo vista, ¿no estuvo aquí hace unos días?

- No, se equivoca, hace por lo menos dos meses que no pasaba por aquí.

- Perdona, quizás este equivocado, compréndalo, pasa tanta gente que uno se lío y al final confunde las fisonomías de los clientes.

Efectuó una llamada a su propio teléfono móvil, sabía que no le iba a contestar nadie pero obtendría lo que había ido a buscar, dejar registrado el número desde donde había efectuado aquella llamada.

- Lo siento, le he molestado para nada, no me contestan – informo al camarero.

- No pasa nada, eso suele ocurrir.

Se tomaron los cafés y regresaron al coche, allí comprobaron el número registrado en el móvil. Efectivamente era el mismo desde el que unos días antes habían llamado a Luisa.

A la mañana siguiente de nuevo se presento en la comisaría.

- Inspector, ya sé desde donde efectuaron la llamada a mi esposa.

- A si, ¿de donde?

- Desde un bar que hay en las Cañadas, esta situado en la misma carretera a la entrada del pueblo.

¿Y usted como lo sabe, fue usted mismo quien la llamo?

- Si, fui yo mismo quien llamo, pero anoche y a mi propio móvil.

¿Fue usted al bar para llamarse a si mismo?

- No precisamente para eso, pero digamos que entraba en el juego, fui para esclarecer un caso que según parece esta muy oscuro, y por si no lo sabe, me afecta muy directamente.

¿Fue usted solo a las Cañadas?

- Inspector, he venido voluntariamente para informarle de algo que posiblemente desconocía, no para darle explicaciones de todos los pasos que doy durante el día y mucho menos en mi vida privada.

- Perdona usted, pero es la costumbre de preguntar siempre, aunque si no me equivoco, la muerte de su esposa también pertenece a su vida privada y es lo que pretendo descubrir, ¿quién y porque la mato?

- Tiene usted razón, pero permítame recordarle que, ante el defecto de preguntar esta la virtud de no contestar.

- Es cierto, pero por favor, deje que seamos nosotros los que llevemos la investigación del caso.

- Muy bien, lo tendré en cuenta y si descubro algo me lo reservare para mi, tal vez en algún momento pueda resultarme útil cualquier detalle que haya descubierto.

- Hombre, tampoco es para que se ponga usted así – quiso disculparse López.

- Señor inspector, usted mismo lo ha dicho, yo solo le tomo la palabra, así que lo dicho, sepa lo que sepa no le voy a informar de nada, son ustedes los que tienen que averiguar que paso, como y porque.

Eduardo salio de la comisaría bastante contrariado, ya que en lugar de apoyarle en aquellos duros momentos, lo único que encontraba eran constantes impedimentos, y la sombra de una sospecha que sobrevolaba su cabeza, así que decidió continuar dedicándose a su trabajo, pero sin dejar de prestar la mayor atención al más mínimo detalle.

Habían transcurrido más de tres meses desde la noche del fatal desenlace, cuando una mañana Eduardo estaba desayunando en una cafetería de un pueblo cercano al suyo. En una mesa cercana habían dos señoras mayores hablando entre ellas en voz baja, pero el, que podía presumir de una excelente y envidiosa audición, escuchaba una a una todas las palabras que aquellas señoras decían.

- Oye Rosa, ¿no es ese el marido de Luisa?  
¿Qué Luisa?

- Si mujer, la amiga de Serafín, la que mataron a tiros hace unos tres meses - le aclaro Nuria.

- A si, ya recuerdo, a ella la había visto por aquí alguna vez con Serafín, pero a este nunca le había visto, al menos no le recuerdo.

- Yo si lo tengo visto, al menos tres o cuatro veces en su pueblo que iba con su mujer, estoy segura que es el, no tengo ninguna duda.

¿Y que estará buscando por aquí? - pregunto Rosa a su amiga.

- No sé, porque de Serafín desde que paso aquello no se ha vuelto a saber nada, y su mujer también se marchó a los pocos días.

¿No será que se habrá enterado de algo?

¿De que puede haberse enterado?

- Se dijo que Serafín se había marchado por miedo a que le acusaran a el.

¿Cómo la iba a matar Serafín si era su amante a escondidas de este.

- No lo sé Nuria, se dan casos muy extraños y por lo que se comenta, este parece ser uno, de momento creo que todavía no se ha descubierto nada de nuevo, siguen sin descubrir al asesino.

- Y digo yo, ¿a dónde pudo haber ido Serafín?

- Dijeron que se había marchado al extranjero.

- Que cosa más extraña, si no tenía nada que ocultar ¿por qué se marchó?

- No entiendo nada ¿y Margarita?, me refiero a la esposa de Serafín, ella también se marchó pocos días después - la informo Rosa.

¿Y tampoco se sabe nada?

- Si, dicen que esta en Madrid, que se ha juntado con otro, ¿pero porque se marchó ella también?

- Puede ser que también tuviese miedo de verse involucrada en el asesinato.

¿Tú crees que pudo hacerlo alguno de ellos dos?

- A eso no te puedo contestar, desconozco hasta donde llegaban sus relaciones - respondió Nuria.

- Te advierto que Margarita sabía que su marido se veía con frecuencia con Luisa, en varias ocasiones habían discutido por eso, incluso una de las veces que estaban discutiendo, pasaba por delante de su casa Juan el cabezón y la escucho como le decía a Serafín, que los iba a matar, a el y a Luisa - quiso aclararle Rosa.

- Pues a la pobre Luisa ya no podrá matarla y si el esta en el extranjero, no creo que vaya a buscarle.

Mientras que las dos amigas seguían hablando con total normalidad, Eduardo permanecía sentado hojeando una y otra vez el periódico. Por supuesto que no se entero de ninguna de las informaciones del diario, pero si estuvo tomando buena nota de la interesante conversación de sus circunstanciales vecinas de mesa.

Inesperadamente había obtenido una muy importante información, pero no podía atar ningún cabo de los muchos que había sueltos, todo eran habladurías, aunque bueno era el tener dichas informaciones para en el momento preciso poder hacer uso de ellas si era necesario.

Hasta aquella mañana no se había enterado Eduardo que su esposa le pagaba a el con la misma moneda. El con frecuencia estaba con Sara, su clienta rubia, mientras que Luisa hacia lo propio con Serafín, sin que ninguno de los dos sospechase una infidelidad por parte del otro, cuando en realidad existía por parte de ambos.

Al conocer la infidelidad de su esposa con Serafín, fue cuando empezó a pensar en una posible acusación hacia el, pues tal vez la hubiese llamado por teléfono concertando una cita a la hora que ella salio de su casa, conoedora de que su esposo llegaría más

tarde, pero quedaban dos puntos extremadamente dudosos. Tenía que poder demostrar que había sido Serafín quien había efectuado aquella llamada, y que llevándola engañada a la cita, le había disparado el a Luisa, pero ¿Por qué iba a asesinarla si era su amante? Sabía que todas estas cuestiones y muchas más iban a salir a relucir el día del juicio, por lo que no era muy recomendable precipitarse a tomar una conclusión definitiva, era mucho más positivo continuar indagando en la clandestinidad y el silencio.

De todas formas la incógnita estaba servida. Serafín se había esfumado de su domicilio recién fallecida Luisa como alma que lleva el diablo, lo cual daba que pensar en una más que posible culpabilidad suya, pero tampoco se puede dejar en el olvido, que su esposa Margarita, enterada de su relación con Luisa les había amenazado de muerte a los dos, según las palabras de Juan el cabezón, lo que indica que su relación matrimonial no funcionaba adecuadamente, además, una vez fallecida su amante, que más le daba quedarse o marcharse si de todos modos en su casa no se sentía cómodo y a gusto.

Eduardo seguía sin encajar ninguna de las piezas de aquel maldito rompecabezas.

Mientras tanto, el inspector López seguía trabajando muy discretamente en el caso, pero sin ofrecer ninguna información a Eduardo, al igual que este hizo en sus averiguaciones. Era algo realmente insólito, pero se habían picado de tal modo entre ellos, que cada cual se desenvolvía por su lado.

El inspector López, no estaba dispuesto a dejar ninguna posibilidad en el aire por muy remota que esta fuese, por lo que tardó poco en encontrar a Sara de forma casual, aunque fuese una casualidad refinadamente buscada.

Aprovechando que la mujer salía de un comercio cargada con algunas compras, tropezó con ella derribándole varias de sus bolsas al suelo.

- Perdón, no la he visto.

- Podía tener usted un poco más de cuidado, seguro que se ha roto alguna de las figuras que acabo de comprar.

- No se preocupe usted señorita ¿Ho debo decir señora?

- No, lo ha dicho muy bien, todavía soy soltera.

- Parece como si los hombres no tuviesen ojos.

- Si todos hacen como usted, seguro que no ven nada, pero ¿porque lo dice?

- Por que es incomprendible que una belleza como usted siga todavía soltera.

- Pues si, soltera y sin compromiso, y a todo esto, ¿me ayuda a recoger lo que haya quedado de la compra?

- Por supuesto, no faltaría más y mire lo que se haya roto, se lo compro de nuevo.

- No importa, no se moleste.

- Por favor señorita...

- Me llamo Sara, ¿y usted?

- Felipe, para servirla en lo que necesite y si me lo permite un amigo.

- Encantada de conocerle Felipe.

- Igualmente Sara, y ahora permítame que le reponga los desperfectos ocasionados.

- No, no importa, otro día volveré.

- Por favor Sara, acepte que se lo reponga.

- Como usted quiera, pero no tiene importancia.

- Suele decirse que quien rompe paga, y como he sido yo quien ha roto, me veo en la obligación de reponer, pagar y pedir disculpas.

Nuevamente entraron en el comercio y volvió a adquirir algunos de los artículos que se habían deteriorado con el golpe, lo cual pago Felipe (López) muy gentilmente.

- Sara ¿me permite que la invite a comer?

- Lo siento, pero no suelo comer con desconocidos.

- Por favor, un desconocido no le hubiera hecho el estropicio que he hecho yo.

## CAPITULO

### IV

Sara se puso a reír y acepto la invitación.

- Bueno, por comer no creo que pase nada y tendremos la oportunidad de conocernos un poco más.

- Así me gustan las personas, que sean decididas y tú lo eres, perdón ¿puedo tutearte?

- Si hombre si, ya somos amigos.

Estaban comiendo cuando ella le pregunto lo que Felipe estaba esperando hacia rato.

¿A que te dedicas Felipe?

- Soy medico, ¿te encuentras mal?

- No, por ahora estoy muy bien.

- No hace falta que lo jures, salta a la vista, y tu ¿Qué haces? – le pregunto el.

- Tengo un comercio de peletería.

¿Funciona bien el negocio?

- No va mal del todo, aunque últimamente han bajado bastante las ventas.

- Los negocios tienen eso, son como un acordeón, estiran y encogen con gran facilidad.

- Si, desde luego, pero mientras haya salud lo demás se puede sobrellevar.

- Oye Sara, hablando de salud, ¿no fue por aquí donde hace algunos meses encontraron a una mujer muerta en la calle?

- Si, fue en un pueblo cercano, a unos cuarenta kilómetros de aquí, ¿por qué?

- No, por nada, es que lo leí en el periódico y decía que la habían matado a tiros, pero no decía nada más.

- No podía decir mucho ya que nadie sabía nada de lo ocurrido.

¿Y no se ha descubierto al culpable todavía?

- Creo que no, aunque según tengo entendido se sospecha de varias personas.

¿No estarás tú entre los sospechosos?

- No hombre, Dios me libre, ¿Por qué iba a estar entre ellos?

- Es una broma mujer, porque ibas a matar a una mujer que tal vez ni la conocías.

- En efecto, no la conocía.

¿Y de quien sospechan concretamente?

- Existen comentarios para todos los gustos, cada uno dice una cosa distinta, pero los que mas son los que acusan a su amante, un tal Serafín que se marchó al extranjero, otros a la mujer de este que también se marchó a Madrid, y los hay que están convencidos de que fue su propio marido.

¿Y tú que opinas? - siguió indagando Felipe.

- Sinceramente, yo no estaba y no vi nada, a la hora que ocurrió aquello yo estaba en mi casa, estuve cenando con un amigo y a la una y veinticinco me dejó en casa y se marchó.

¿Y se marchó dejándote sola?

- Supongo, no creo que se quedase en la calle.

- Lo que yo digo, los hombres no tienen ojos en la cara, no saben ver la maravilla que tienen delante de ellos.

- Sabes Felipe, el caso del tal Serafín es algo extraño, si no fue el ¿por qué se marchó?

- Normalmente en estos casos es lo que les hace más sospechosos - afirmo el medico - ¿no le habrán buscado para interrogarle?

- No lo sé, yo estoy totalmente al margen de este asunto, como no va con migo.

- Lo comprendo, ¿conoces al marido?- continuo preguntando Felipe con total y absoluta discreción.

- Solo de vista, le vi en alguna ocasión.

¿Crees que pudo ser el?

- Ya te he dicho que no les conocía, pero también se comentó que ella era la amante de Serafín y que su marido lo sabía, aunque también el le era infiel a su mujer con otra, por lo que es bastante difícil de aclarar, vamos a cambiar de tema, no me gusta hablar de esto.

- Me temo que en eso no estamos de acuerdo.

**¿Por qué? - se extraña Sara.**  
**- A mí me fascina indagar en los casos difíciles, yo mismo me monto una película.**  
**- Pues chico, sigue viendo tú película, yo prefiero dejar que lo resuelva la policía.**  
**- Si, creo que tienes razón, tampoco vamos a descubrir nada, así que mejor será que hablemos de otro tema.**  
**- Por eso, más vale que hablemos de nosotros.**  
**- Si, mejor será, ¿de donde eres Sara?**  
**- Soy Asturiana, pero llevo muchos años aquí, vine con mis padres cuando tenía dos años ¿y tú?**  
**- Nací en Valencia, pero también desde los cinco años que estoy en Toledo.**  
**¿Y trabajas en Toledo?**  
**- Si, lo que ocurre es que me he venido unos días con unos amigos que están de vacaciones.**  
**- Si te pregunto algo muy personal ¿me dirás la verdad?**  
**- Naturalmente, no tengo porque mentirte.**  
**¿Estas casado?**  
**- Lo estuve, pero ahora no lo estoy.**  
**- Y ahora ¿cómo estas?**  
**- En este momento sentado.**  
**- Gracias, pero eso lo estoy viendo, me refiero a tu situación o estado civil.**

**¿Mi estado civil dices?, creo que es algo complicado, estoy divorciado, sin compromiso por ahora, aunque quizás por poco tiempo.**  
**¿Qué pasa, que has encontrado a tú otra media naranja? - le pregunto Sara sonriendo.**  
**- Es posible, solo me falta que ella acepte y de dos medias se haga una entera.**  
**- Un caballero como tú no se rechaza fácilmente.**  
**¿Tú aceptarías?**  
**- Hombre, no sabría que decirte, apenas nos conocemos.**  
**- Y si te dijese que me estoy enamorando de ti, ¿qué me responderías?**  
**- Que me dieras tiempo para conocerte bien.**  
**- Ya me conoces Sara.**  
**- Si, nos conocemos los dos, pero solo de vista.**  
**- Por algo se empieza - acepto Felipe.**  
**- Efectivamente, eso es muy cierto, pero me da la impresión que me ocultas algo.**  
**¿Qué te puedo ocultar?**  
**- Eso lo sabes tú mejor que nadie, pero estoy convencida que no me dices la verdad, en primer lugar no me creo que seas medico ni tampoco que estés de vacaciones.**  
**¿Qué te hace pensar eso?**  
**- Tal vez sea tu carácter, te veo una persona muy seria, muy pendiente de todos los detalles, de todo cuanto sucede a tú alrededor.**

- No hagas caso, es que me gusta ser observador.

- Di más bien que intentas averiguar algo.

- Pues si, la verdad es que me gustaría saber lo que ocurrió aquella noche.

¿Lo que sucedió con Luisa?

- Si, efectivamente, pero ¿la conocías?

- No, yo no - se puso visiblemente nerviosa.

¿Y como sabes que se llamaba Luisa?

- Por los comentarios que se escuchan.

- Dime la verdad Sara, todo lo que sepas de este asunto, sé que conoces a Eduardo Salvatierra, el marido de Luisa, sé que aquella noche estuviste cenando con el, que salisteis del restaurante alrededor de la una de la madrugada, ¿me equivoco en algo?

- Felipe, te vuelvo a decir que no les conozco de nada.

¿Quieres que vayamos al restaurante donde estuvisteis cenando los dos juntos?

- No, no es necesario, ya veo que estas enterado de todo.

- Eso es lo malo, conozco algunos detalles, pero me faltan otros muchos para poder pensar en un posible culpable y no equivocarme.

- Tú no eres medico ¿verdad?

- No Sara, soy el inspector que lleva la investigación de este caso.

¿Y porque me has mentido? - pregunto molesta.

- Si te hubiese dicho quien soy al principio, ¿qué habrías pensado?

- Que querías interrogarme y eso mismo pienso ahora, con la diferencia que lo has hecho con mucha discreción ganándote mi amistad.

¿Te molesta?

- Digamos que no me ha gustado nada, no soporto las mentiras.

- Lo siento Sara, pero puestos a mentir creo que te llevas la palma.

¿Por qué, quieres decir que yo miento? – protesto ella.

- Yo no digo que mientas, pero sabes perfectamente que no me has dicho la verdad.

- No me gusta hablar de mi vida privada, por esa razón no te la he dicho.

- Muy bien, ahora que ya nos conocemos un poco más, ¿vas a confiar en mi para contestar algunas preguntas que quiero hacerte?

¿Tengo alguna otra opción?, si sabes tú más que yo misma.

- No Sara, no lo creas, yo solo sé una cosa – le aseguro el inspector - tengo la completa seguridad que tu no efectuaste los disparos, aunque cabe en lo posible que tengas idea de quien pudo hacerlo.

- Por supuesto que no lo hice, aunque no tengo ninguna prueba para demostrarlo, pero a la hora que la mataron yo estaba en mi casa - confeso Sara algo desorientada.

- Tranquilízate que no tienes que temer nada.

- No puedo tranquilizarme, desde que me entere de lo sucedido tengo miedo.

¿Miedo de que? - se interesó López.

- De verme invulcrada en algo totalmente ajeno a mí.

- Precisamente para evitar eso, quiero que me detalles de todos y cada uno de los pasos que disteis tú y tu amigo, el tal Eduardo aquella noche, solo así, conociendo los detalles podré ayudarte en caso necesario.

- Muy bien Felipe, o puede que tampoco te llames así.

- En efecto, mi verdadero nombre es Pedro López, inspector de la policía, tengo cuarenta y tres años, divorciado y nacido en Valencia, eso sí era verdad.

- Hombre, por lo menos tuviste la delicadeza de decirme alguna verdad.

- Ya se acabaron las mentiras y las falsedades, a partir de ahora solo la verdad.

- Espero que sea cierto y no me lleve más sorpresas – replicó Sara.

- Bueno Sara, ¿estas dispuesta a que te haga algunas preguntas?

- Si, pero no te pases, lo personal nada tiene que ver con este tema.

- Lo tendré presente, ahora dime, ¿cuándo supiste que habían asesinado a Luisa?

- Exactamente no lo recuerdo, tal vez había pasado una semana.

¿Quién te informo y como? - López inició un ligero interrogatorio.

- Recuerdo que hacia varios días que no había visto a Eduardo.

- Perdona que te interrumpa, ¿hacia tiempo que le conocías?

- Si, bastante tiempo, quizás hiciera más de un año, mira, ahora lo recuerdo, dentro de un mes hará dos años que nos conocimos.

¿Cómo os conocisteis?

- Fue en mi tienda, vino una tarde a ofrecermé los productos de la empresa en la que trabaja como representante de peletería, después de mucho tira y afloja le encargue algunas piezas y así fue como empezó nuestra amistad.

¿Os veáis con frecuencia o de tarde en tarde?

- Al principio solo cuando venia por el trabajo, pero un día salimos a cenar, luego estuvimos tomando unas copas y al final acabamos en la cama de un hotel.

¿No fuisteis a tu casa?

- No, era muy reciente nuestra amistad para que entrase en mi casa.

- Sigue con la noticia que te dio, lo de su esposa.

- Si, solía venir tres o cuatro días a la semana, pero hacia como una semana que no sabía nada de él, cuando de pronto se presentó con muy mala cara, le note algo muy raro y le pregunte que tenía, fue entonces cuando me dijo que su esposa había muerto.

¿Te dijo que había muerto o que la habían asesinado?

- Creo recordar que dijo asesinado, que la habían matado a tiros en la calle.

¿Qué aspecto observaste en él?

- Estaba muy decaído, me dijo que lo estaba pasando muy mal, incluso me comentó la sospecha de que le hubiesen tendido una trampa a su esposa.

¿No menciono ningún nombre?

- No, fui yo quien le recordó que él había llamado a su esposa desde el teléfono del restaurante.

¿Y que te contestó él?

- Nada anormal, solo que la había avisado que llegaría tarde a casa.

- Sara, ¿tu no encuentras extraño que llamase desde el teléfono público en lugar de hacerlo desde su móvil?

## CAPITULO

### V

- Si me extraño, pero no hice mucho caso.

- Lógico, no podías imaginar lo que más tarde iba a ocurrir.

¿Cómo iba yo a pensar eso?, ni creo que él se lo imaginase tampoco.

- De eso ya no estoy muy seguro, lo mismo que estoy convencido de que tú no tienes nada que ver, él ya me inspiró desde el primer momento una cierta desconfianza, pero dime ¿tú tienes coche?

- Si, ¿Por qué lo preguntas?- se extraño Sara de aquella inesperada pregunta.

¿Cuánto tardarías en recorrer la distancia que se supone recorrió Eduardo hasta su pueblo?

- Por la noche que no circula casi nadie y conociendo bien la carretera, entre veinte y veinticinco minutos como mucho.

¿Y a ti te dejó en tu casa a la una y media más o menos?

- Si, recuerdo que al entrar en casa mire la hora, era la una y veinticinco minutos.

- De modo que nuestro amigo, a las dos podía estar perfectamente en el lugar del crimen.

- Tal vez, pero el llegó más tarde - corroboro Sara.

- En efecto así lo hizo, pero según el vecino que llamo para avisar de los disparos, estos se acababan de efectuar y la llamada se registro a las dos y seis minutos, por lo que pudieron dispararle un par o tres de minutos antes, pongamos que lo hicieran a las dos en punto, el desde tú casa al lugar de los hechos pudo tardar veinticinco o treinta minutos máximo, por lo que al llegar al pueblo y ver a su mujer en la calle completamente sola, tuvo la mejor ocasión para asesinarla el mismo, fíjate bien que coincide el tiempo de llegar el y escucharse los disparos.

- Si, tienes razón en esto, pero tú ten presente también que el llega más tarde, el llega cuando ya hay varias personas alrededor de la mujer, quizás quince o veinte minutos después de haberse escuchado los disparos.

- Si claro, eso también es cierto, pero el trayecto se hace en veinticinco o treinta minutos, no en cuarenta y cinco, casi el doble, además, cuando se acerco al lugar lo hizo muy nervioso y mi pregunta es esta, ¿Por qué estaba nervioso si no sabía lo que ocurría?, ¿Por qué tardo cuarenta o cuarenta y cinco

minutos en efectuar el recorrido? – insistió el inspector.

- La verdad es que no lo entiendo – acepto Sara.

- Voy a tener que arrestarle como presunto culpable del asesinato de su esposa.

¿Y si luego resulta que es inocente?

- Lo siento, todos los indicios obtenidos me conducen a el.

- También pudo hacerlo Serafín – intervino ella.

- No, Serafín estoy casi seguro que no lo hizo.

¿Como puedes estar tan seguro?

- Por dos razones muy convincentes, porque era el amante de Luisa y porque aquella misma tarde había llevado su coche al taller para que se lo reparasen, y se lo entregaron al día siguiente por la tarde, o sea, que no tenia coche para desplazarse, por lo tanto el no pudo hacerlo.

- Siendo así como tú dices, explícame ¿Por qué se marchó poco después al extranjero?

- Es muy simple, el amigo Serafín tenia serios problemas con su esposa y lo único que le retenía aquí era su relación con Luisa, por lo que una vez desaparecida esta, no aguantó más y se marchó.

¿Y no lo hizo por miedo? - pregunto Sara.

- No lo creo, además ¿qué motivos podía tener?

- No tengo ni la menor idea, pero estoy deseando que se resuelva pronto este complicado asunto, ya que no me gusta nada y me pone nerviosa.

- Nerviosa tú ¿Por qué?

- Aunque sea de lejos, me siento involucrada en el caso, igual pueden pensar que lo hice yo.

¿No habíamos quedado que estabas en tú casa?

- Si, pero no tengo pruebas que lo demuestren.

- Bueno, para tú tranquilidad, mañana procederé a arrestar a Eduardo y lo llevare ante el Juez para que proceda en consecuencia.

Al día siguiente Eduardo era conducido al juzgado, siendo ordenado por el Juez su ingreso en prisión.

Unos tres meses más tarde se celebró el juicio. Acudieron el principal encausado, Eduardo Salvatierra, el cual seguía privado de libertad; Serafín, el cual por requerimiento judicial tuvo que hacer acto de presencia; Sara, en su condición de amante de Eduardo; Margarita, como consecuencia de la amenaza hecha en su día a su esposo y que Juan el cabezón había divulgado; este para atestiguar

en el juicio las palabras escuchadas de boca de Margarita;

el dueño del restaurante Don Cosme, el matrimonio que había dado el aviso a la comisaría la noche de autos y dos de los presentes en el lugar de los hechos cuando llegó Eduardo.

En el banquillo de los acusados se sentaba el único acusado por el momento, Eduardo Salvatierra, para quien fueron las primeras preguntas de su señoría.

- Pongase en pie el acusado, ¿se declara culpable o inocente?

- Inocente señoría - respondió Eduardo.

- En ese caso, procedamos a iniciar el juicio, tenga la bondad de subir al estrado.

¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

- Lo juro.

¿Cómo se llama usted?

- Eduardo Salvatierra Núñez.

¿Es cierto que la noche de autos, usted llegó al lugar donde su esposa yacía muerta, poco después de haber sido asesinada.

- Si señoría, es cierto.

¿Reconoce usted que cuando se acercó al lugar de los hechos y sin saber que se trataba de su esposa, evidenciaba gran nerviosismo?

- Es posible que estuviese nervioso, no era nada normal ver a tantas personas juntas en medio de la calle a la hora que era, algo anormal tenía que haber sucedido.

¿Podría decirle al jurado la hora que era?

- Por supuesto, eran aproximadamente las dos y media de la madrugada.

¿Y como esta tan seguro de la hora?

- Porque poco antes de llegar había visto la hora en el reloj del tablero de mi coche, faltaban escasos minutos para las dos y media, por eso deduzco que sería sobre la media.

- Muy bien, sigamos, ¿de donde venia usted a las dos y media de la madrugada?

- De mi trabajo.

¿A esas horas esta usted trabajando?

- No, a esa hora venia de cenar.

- Ah ¡, venia de cenar, ¿y estuvo usted solo en la cena?

- No señor, había algunos clientes más en el restaurante.

¿Podría decir al jurado en que restaurante estuvo cenando?

- Si, por supuesto, no tengo ningún inconveniente en hacerlo, estoy aquí para responder a todo, estuve cenando en el restaurante Don Cosme - respondió sin titubear lo más mínimo.

- Que si no recuerdo mal, esta a unos cuarenta kilómetros.

- Si, aproximadamente.

- Dígame, ¿vino usted en coche o en bicicleta?

- En coche, por supuesto.

- Pues tuvo que tener algún problema, o se le acabo la gasolina o es que le patinaba el embrague, porque circulo usted a menos de sesenta por hora, ya que tardo unos cuarenta y cinco minutos en recorrer los cuarenta kilómetros.

- Tarde más de lo habitual porque me pareció escuchar un ruido extraño en el motor, entonces me pare para inspeccionar lo que ocurría.

¿Y vio algo extraño en el motor?

- No, pero como se me calentaba mucho, opte por esperar un poco para que bajase la temperatura.

- O sea, ¿qué estuvo usted parado en la carretera?

- Exacto.

¿Y dice usted que estuvo cenando solo?

- No señor, yo no he dicho eso, había más personas cenando en el restaurante.

¿Y en su misma mesa, no es cierto que le acompañaba una señora rubia a la que solía llevar algunas veces al restaurante?

- Si es cierto, una buena clienta mía.

- Ah ¡, una clienta ¡¿y a que hora se separo de ella?

- Sobre la una y media.

¿Y al dejar a su amiga se marcho usted hacia su casa?

- Si, cuando la deje me fui hacia mi casa, pero ya le he dicho que tuve que parar en la carretera y luego, cuando proseguí mi viaje fue cuando al llegar me encontré con el fatal desenlace.

¿Y no observo nada anormal durante su recorrido?

¿En mi coche?

- No, más bien en otros vehículos que pudieran circular por la zona.

- Bueno si, pero no preste demasiada atención, cuando estaba mirando con la linterna debajo del motor para ver si me perdía agua, paso un coche a toda velocidad en mi misma dirección, luego, cuando ya estaba circulando de nuevo, lo volví a ver de frente regresando de nuevo.

¿Pudo fijarse en algún detalle del vehículo?

- En muy poco ya que era de noche, vi que iba una persona sola, era un coche de color blanco, llevaba una especie de alerón sobre el cristal posterior y la matricula empezaba M - 37, creo que la última letra era la F o la E, no estoy seguro, ya le digo que fue todo muy rápido.

¿Cuánto tiempo calcula que estuvo parado?

- Unos quince o veinte minutos, tal vez algo más.

¿Pudo observar algo extraño en el coche?, en el suyo me refiero.

- No, solo que se calentaba porque tenia una pequeña perdida de agua por un manguito que estaba mal, entonces cuando se enfrió un poco el motor le añadí más agua y continué despacio.

- Con lo cual se puede deducir que fue el tiempo que tardo en llegar.

- Creo que si.

- No tengo más preguntas que hacer por ahora.

Al tiempo que Eduardo se retiraba del estrado, se solicito la presencia de Serafín para prestar declaración.

- Se requiere la presencia de Don Serafín Quintana Perales.

Se acomodo en el estrado totalmente dispuesto a declarar todo lo que sabía.

¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

- Lo juro.

¿Cómo se llama?

- Me acaban de llamar por mi nombre y dos apellidos y estoy aquí, o eso ¿no es la verdad?

- Diga su nombre y apellidos.

**- Vaya un cachondeo que se llevan aquí, ni que estuviesen sordos.**

**- Por favor, compórtese correctamente.**

**- Si hombre si, esta bien, soy Serafín Quintana Perales, ¿Qué más quiere saber? ¿Es cierto que conocía usted a la desaparecida Luisa Peña Silverio?**

## **CAPITULO**

### **VI**

**- Si, hacia tiempo que nos conocíamos.**

**¿Y no es cierto también que mantenían una relación más íntima que la de simples amigos?**

**- Si, nuestra amistad fue en progresivo aumento, por lo que nos veíamos casi todos los días de la semana, aprovechando que ella estaba casi siempre sola, nos solíamos encontrar con mucha frecuencia.**

**¿Estuvo usted con ella la noche que fue asesinada?**

**- No señor, había quedado el día de antes en ir a buscarla a eso de la una de la madrugada, cuando mi esposa ya estuviese acostada, ella como siempre hacia me estaría esperando a la entrada del pueblo, pero no pude presentarme a la cita por que me fallo el coche y lo tuve que llevar al taller por la tarde.**

**¿No la llamo por teléfono para anular la cita?**

- No, no lo hice, pensé que al ver que no iba, cosa que hacia casi todos los días, se volvería hacia su casa, como otras veces había hecho.

¿A que hora dice que solían encontrarse?

- Entre la una y las dos de la madrugada.

¿Quién conocía su relación con Luisa?

- No lo sé.

¿Sabía su esposa que usted mantenía una relación con otra mujer?

- Supongo que si, pero no estoy seguro, pregúntele a ella.

¿Salio usted de su casa aquella noche?

- No, al no tener el coche no podía ir a recogerla y si no estaba con ella, no iba a ningún lugar, me quedaba en casa.

¿Y su esposa, recuerda si salio de casa?

- Esa, con tal de no arreglarse un poco los pelos no se asoma ni a la ventana.

¿Se llevaba bien usted con su esposa?, perdone, quiero decir en aquella fecha.

- No señor, mi matrimonio nunca funciono bien, por eso busque fuera lo que no tenía en mi casa, una mujer buena, amable, cariñosa, que supiera comprenderme y que me quisiera con mis virtudes y defectos.

¿No cree que si la hubiese llamado avisándola que no podía ir a buscarla, ahora Luisa estaría viva, ya que quizás no hubiera salido de su casa?

- Es posible, pero yo no tengo teléfono, siempre quedábamos de un día para otro, además, nunca pensé que pudiera ocurrir una cosa así.

¿Tiene usted alguna idea de quien pudo hacerlo?

- No, y si sospechase de alguien tampoco se lo diría, el buscar al culpable y hacerle pagar es asunto de ustedes, no mío, yo bastante lo estoy pagando que la perdí a ella y me perdí yo también.

- Si, pero ahora esta trabajando en Suiza y parece que la va bien.

- El trabajo si, pero la soledad y el abandono también cuentan en el ser humano.

¿Por qué se marchó de España?

- Estando mal en mi propia casa y habiéndola perdido a ella, ¿Qué hacia yo aquí?

¿No hay ninguna otra razón?

¿No le parece suficiente razón el verse solo y con problemas en el domicilio con la esposa?

- Creo que si, puede retirarse, he terminado.

Al retirarse Serafín, fue a Sara a quien llamaron al estrado.

- Que suba al estrado la señorita Sara Alcántara Preciado.

Ante el asombro de la sala y del propio jurado, apareció por la puerta una despampanante rubia de larga cabellera. Por

su forma de vestir y el modo de contornearse parecía más bien que fuese invitada a una fiesta que a un juicio por un asesinato. Subió al estrado y se sentó.

- Por favor, pongase de pie.
- ¿Tengo que estar de pie? – pregunto Sara.
- Si, solo mientras le tomo juramento.
- Perdona, no lo sabía.
- ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?
- Si señor, lo juro.
- ¿Cómo se llama?
- ¿Quién?
- ¿Qué como se llama usted?
- Ah ¡, yo, habérmelo preguntado antes, me llamo Sara.
- Su nombre y apellidos.
- Sara Alcántara Preciado, y usted ¿Cómo se llama?, que simpático es.
- Señorita por favor, limitase a contestar las preguntas que se le hagan.
- Si, pero ¿a todas las que me haga?
- Si, a todas las que se le hagan.
- Esta bien, contestare a todo.
- ¿Conoce usted al acusado?
- ¿A ese de ahí? – le señalo con su dedo índice – si, pero es muy feo y malo.
- Malo, ¿Por qué es malo?

- Me prometió llevarme con el y no lo ha hecho.
- ¿Son ustedes amigos?
- Lo fuimos, pero ahora ya no quiero ser su amiga.
- ¿Sabe usted que mataron a su esposa?
- Si, me lo dijo el mismo una semana más tarde cuando nos vimos.
- ¿No le comento como había ocurrido?
- Si, me comento que le habían disparado, pero no me dijo quien.
- ¿Cree usted que el lo sabía?
- Es posible, pero eso solo lo sabe el.
- ¿Usted cenó con el aquella noche, verdad?
- Si, estuvimos cenando en el restaurante Don Cosme.
- ¿A que hora se separaron ustedes?
- Poco antes de la una y media de la madrugada.
- ¿Qué hizo usted al separarse de el?
- Quedarme en casa y acostarme, ¿Qué podía hacer más?
- ¿Sabría usted explicarle al jurado que tal se llevaba el acusado con su esposa?
- No muy bien, ella estaba enterada de nuestra relación y el también conocía la relación de su esposa con otro hombre.

- O sea, que el estaba al corriente de que su esposa le pagaba a el con la misma moneda de cambio.

- Si, en alguna ocasión me llego a comentar, que les había visto en el coche de su amigo a la entrada del pueblo.

- Entonces empieza a tomar cuerpo la teoría de que Luisa iba a encontrarse con su amante cuando la atacaron.

- Es una posibilidad, tal vez fuese su propio amante.

- Tal vez, pero no lo sabemos, ¿piensa que pudo hacerlo el acusado?

- No creo, ya que a mi me dejo exactamente a la una y veinticinco, a ella la atacaron a las dos y el llego bastante más tarde, o sea, que el crimen se cometió antes de llegar el.

- Efectivamente, dígame, ¿tiene usted coche?

- Si señor.

- Diga al jurado que coche tiene y sus características generales.

- Es un Opel Calibra, 2000 inyección, de color rojo.

¿Qué matricula tiene?

- M-3708 –JF.

¿Cuánto tardaría usted en recorrer cuarenta kilómetros con su coche?

- Si no encuentro circulación que me impida correr, unos veinte minutos como mucho.

¿Su automóvil lleva un alerón sobre el cristal posterior?

- No señor, mi coche no lleva nada.

¿Tendría inconveniente en que viéramos su coche?

- No señor, ninguno.

Se aplazo la vista hasta el día siguiente, con el fin de poder hallar alguna prueba en el automóvil de la mujer. Inspeccionaron el coche, que muy bien podía haber sido el que paso velozmente junto a Eduardo, pero el número de la matricula, si bien coincidía en parte, no era del todo completo con la declaración de Eduardo, además, aquel coche no llevaba ningún alerón sobre su cristal posterior ni en otro lugar y, por si esto era poco, no era blanco, si no rojo. Aquel coche se quedaba prácticamente descartado, pues solo coincidía una mínima parte de la matricula, por lo que podían haber muchos con esos números y letras. Para una mayor seguridad, también se comprobaron los neumáticos, para cotejarlos con unas fotos efectuadas sobre el barro que había pisado un coche de entrada y salida al pueblo, dejando las huellas marcadas, pero los neumáticos del coche de Sara eran nuevos, hacia menos de un mes que los había cambiado.

Todo ello, llevaba a la conclusión de que el vehículo en cuestión no había sido el de Sara, por lo que esta quedaba absuelta de toda culpabilidad.

Cuando al día siguiente se reanuda la vista, se requirió la presencia de un nuevo testigo, el cual podía aportar algún dato nuevo de vital importancia.

¿Cómo se llama usted?

- Cristóbal Alegre Ramírez.

¿Cuál es su profesión?

- Chapista, tengo un taller de chapa y pintura.

¿Podría recordar si en los últimos seis meses a efectuado alguna variación o pintado un Opel Calibra?

- Si, hace unos cuatro o cinco meses tuve que reformar uno.

¿De que color era, lo recuerda?

- Naturalmente que lo recuerdo, era blanco y me pidió la dueña del coche que lo pintase de rojo.

¿Había tenido el coche algún accidente o golpe?

- No, no había tenido nada, solo me pidió que le quitase el alerón que llevaba dejándolo como si nunca hubiese llevado, y que lo pintase de rojo, pero que lo hiciera rápido que le era urgente.

¿Quién le encargo el trabajo?

- Era una mujer, supongo que seria la dueña.

¿Dice que era una mujer?

- Si, la recuerdo muy bien, era rubia y con el pelo muy largo.

¿La conocía usted?

- No, nunca la había visto antes.

- Por casualidad, ¿guarda usted copia de la factura?

- Si, aquí la tengo, como sabía de lo que se trataba, la he traído por si me la pedían.

- Excelente idea la suya, nos puede ser útil, ¿me permite que la pase al jurado?

- Por supuesto.

- Puede usted retirarse. Que comparezca de nuevo la señorita Sara Alcántara Preciado.

¿Cuántas veces me van a llamar?, ya les he dicho lo que sé.

- Tal vez esta sea la última.

- Espero que sea cierto, porque ya esta bien la guasa que se llevan.

- En su declaración anterior dijo que tiene un Opel Calibra rojo, ¿es cierto?

- Si señor, eso dije y es la verdad.

- Recuerde que esta bajo juramento.

- Lo recuerdo y le estoy diciendo la verdad.

- Muy bien, sigamos adelante, le voy a repetir la misma pregunta que le hice en su anterior

**declaración, ¿su automóvil lleva un alerón sobre el cristal trasero?**

**- No señor, ya se lo dije y se lo repito ahora, no.**

**- Pero lo llevaba y lo hizo quitar.**

**- Si, antes lo llevaba.**

**¿Y porque pidió que se lo quitaran?**

**- No me gustaba.**

**¿Y el color blanco del coche tampoco le gustaba?**

**- Era un color que siempre se veía sucio.**

**¿Y por el simple hecho de no gustarle el color ni el alerón pidió que se lo reformaran de urgencia.**

**- Tenia que efectuar un viaje.**

**¿Y no podía esperar para reformarlo a su regreso?**

**- No quería que me viesen siempre con el coche igual, por eso lo quise variar un poco.**

**- Ha dicho en su anterior declaración, que cuando la noche de autos, el acusado Eduardo Salvatierra la dejo en su casa sobre la una y media, que ya no volvió a salir y que se acostó.**

**- No señor, no volví a salir.**

**¿Y como es posible que viesen pasar su coche a toda velocidad en dirección a San Rafael, y que a los pocos minutos regresara de nuevo?**

## **CAPITULO**

### **VII**

**- Mi coche no - grito, cambiando el aspecto de su rostro, se puso nerviosa, se quedo algo pálida y empezó a temblar, - mi coche no salio del garaje.**

**- Su coche actual no, pero un Opel Calibra 2000, blanco, con alerón sobre el cristal trasero y con matricula M – 3708 – JF, ese si salio del garaje.**

**- Lo siento, estaba nerviosa y me fui a dar una vuelta.**

**¿Hasta San Rafael?**

**- Si, llegue hasta la entrada del pueblo y me volví.**

**¿En el trayecto no vio ningún coche parado en la carretera?**

**- Si, recuerdo que había uno parado, pero pase tan deprisa que no me fije en nada.**

**- Ha dicho usted que conocía la relación de Luisa con Serafin.**

- Si, la conocía, pero eso no era de mi incumbencia, a mi eso no me importaba nada.

- Pero si lo era Luisa, la cual le cerraba los pasos para tener plena libertad de movimientos con su marido, ¿y no es cierto que sabía usted muy bien, que Luisa salía todas las noches a la entrada del pueblo a esperar a Serafín?

- Si, me había enterado de eso hacia algún tiempo.

¿Y no es cierto también, que aquella misma tarde vio a Serafín dejar su coche en el taller y salir andando?

- Si, también es cierto.

- De modo que usted sabía a ciencia cierta que aquella noche Serafín no podía ir a encontrarse con Luisa, por lo que podía encontrarla sola esperándole a el, y para ello, solo tenia que coger su veloz coche y llegar antes que Eduardo.

- Yo no sé donde fue Eduardo.

- Claro que no lo sabe, pero el si sabe donde fue usted.

- Si yo me quede en casa y el se marchó, ¿Cómo iba a saber el lo que hice yo?

- Porque la vio sin que usted le viese a el, la velocidad le jugo una mala pasada y a pesar de tenerlo todo perfectamente planeado, se le

olvido un detalle muy importante, no pensó en que alguien podía escuchar los disparos y avisar inmediatamente, con lo que se pudo deducir la hora del crimen casi con total exactitud.

- Yo no la mate, cuando pase junto a ella ya estaba muerta.

¿Cómo pudo saber que estaba muerta?, pudo haber sufrido un desvanecimiento, por lo que pudo haberla ayudado.

- Tuve miedo y me marche a toda velocidad de regreso a casa.

- Exacto, a toda velocidad, la misma con la que se cruzo con quien iba a pagar por aquello que no había hecho.

El jurado se retiro a deliberar, saliendo pocos minutos más tarde a dar su veredicto.

- En pie, seguidamente el portavoz del jurado procederá a dar a conocer su veredicto.

Eduardo se levanto tembloroso con lágrimas en los ojos. Sabía que era inocente. El no había asesinado a Luisa, pero todas las pruebas estaban en su contra. Al menos eso era lo que el pensaba, pero esta vez se había equivocado.

El jurado tenía muy claro quien había cometido aquel horrendo crimen y no dudo a la hora de señalar al culpable.

**-Eduardo Salvatierra Núñez, queda absuelto de todos los cargos que se le habían imputado, es usted totalmente libre.**

**El murmullo de la sala fue unánime, todos los presentes estaban convencidos de su culpabilidad, este se abrazó a su abogado, al tiempo que se pedía silencio en la sala.**

**-Sara Alcántara Preciado, se la acusa del asesinato de Luisa Peña Silverio cometido en la madrugada del día veintisiete de Junio de mil novecientos setenta y nueve.**

**Eduardo se quedó llorando amargamente, viendo como se llevaban detenida a su amante, la misma que tiempo atrás había asesinado a su propia esposa.**

**Era un pobre hombre solo, acabado, hundido en las oscuras tinieblas de la soledad y la amargura, se había quedado sin la esposa y sin su amante.**

**Manuel Barberá Ferrando**

